

Murcia

Amelia Jiménez García, 86 años

Helena Gómez-Zurdo Reja, 19 años

¿QUÉ QUIERES QUE TE CUENTE?

Quizás la vida no es más que un trance por el que todos pasamos, un recorrido fugaz y sin parada alguna. Y es al final de éste donde somos conscientes de su cálido abrazo y de sus manos frías. La vida es el tiempo que tenemos para sentir y dicho tiempo aquí y ahora es historia. Puede que sea una de tantas, capaz de pasar inadvertida o que te dé una razón para pensar en ella todo el día...

Al fin llegó esa mañana en la que empecé a escuchar el relato de una vida. Venía de una voz clara y marcada por la experiencia. La lucidez de sus palabras se transparentaba a través de un rostro mayor, afable y una mirada nítida. Era inevitable pensar que un carácter fuerte, vivaz y elocuente había sido el protagonista de todas sus decisiones.

De su ya lejana juventud puede presumir de haber conocido el amor. Y pocas personas pueden decir que lo han conocido en toda la extensión de la palabra; esa necesidad de estar con alguien, esa felicidad irracional y ese vacío en ausencia del otro. Pues bien, ella sí lo hizo. Así es como hoy todavía recuerda con cariño el día en el que se conocieron, cuando él la vio entre la multitud y no dudó en acercarse. Comenzó una relación y una vida complaciente, donde nunca faltó el diálogo y la complicidad necesaria. Esa espontaneidad del primer día corrobora que no sólo los principios son bonitos, sino que esa sensación puede conservarse hasta que sea una mano ajena quien nos la arrebatte.

Desde su sillón busca con la mirada la foto del que fue su marido durante tantos años. Según ella, un hombre que a primera vista era uno más, pero fue su personalidad cálida, su entrega a ella lo que le distinguió con creces del resto. Tuvo la suerte de encontrar lo que todo el mundo busca una y otra vez a lo largo de sus vida, y tuvo la habilidad de saber cuidarlo. El silencio a veces es la mejor forma de expresarse y la solución a grandes problemas. Un único bache la obligó a hablar más alto de lo que acostumbraba hasta entonces. Fueron 11 años de su matrimonio algo turbulentos, durante los que tuvo que convivir con la que era la madre de su esposo; una tercera persona que logró inmiscuirse de tal forma entre ellos que los momentos más bonitos de ambos brillaban por su ausencia. Algo tan simple como recibir a su marido con un inocente beso, una conversación que quedara entre dos o la intimidad propia de dos enamorados era algo inusual, dadas las circunstancias. Fueron años difíciles, años de sufrimiento, en los que se sentía obligada a compartir su relación. Pero eso terminó cuando su paciencia tocó fondo. Había dos caminos a elegir y él no pensó ni un segundo cual era el que le motivaba a levantarse cada día.

Entre muchos gratos recuerdos que configuran su pasado, destacan los innumerables viajes que tanto disfrutaron juntos. La profesión de su marido les dio la oportunidad de conocer todo tipo de lugares, de hospedarse en hoteles de lujo que distaban bastante de lo que conocían hasta el momento, de pasear por las calles de ciudades repletas de encanto y de su característica esencia como Burgos, Santander, Sevilla, León y un largo etcétera que todavía hoy recuerda a la perfección. Con esa misma frescura como si de ayer mismo se tratase describe el paisaje lluvioso de una mañana gris en Santiago de Compostela antes de visitar su espléndida catedral.

Los años siguieron pasando, y con ellos su historia. Una historia que escogió un final amargo. Pues fue un cáncer el que inesperadamente le quitó la vida a su compañero de viaje. Hoy le resulta imposible retener las lágrimas al pensar en esa pérdida, en ese año que faltaba para cumplir sus ansiadas bodas de oro. Se puede decir que hasta el final, aunque no sirva de consuelo, ella estuvo presente en su pensamiento, que su última palabra fue su dulce nombre, Amelia.

Una gran familia fue fruto de su feliz matrimonio, cinco hijos que completaron lo que ya tenían. Ella misma confiesa que ser madre fue una experiencia más que única, no hay hijo al que no adore ni cualidad que se le escape. Recuerda al detalle cada instante de sus vidas, cada fecha, cada momento. Su excepcional memoria guarda un lugar especial para cada uno de ellos.

Agradecida por recibir una ayuda económica y orgullosa de la relación que mantiene con su hija y con tres de sus hijos, se le hace muy cuesta arriba el motivo aún desconocido que le aleja de uno de ellos. Año y medio hace ya desde la última vez que pudo verle; es inimaginable el dolor que puede sentir una madre y el número de explicaciones que puede llegar a buscarle. Quizás existan celos, quizás no se sienta tan querido, pero como ella muy bien le dijo un día: “¿Qué dedo de la mano me corto y no me duele?”.

Un carácter tan conciliador y tan amante de los suyos la ha llevado a mantener un vínculo especial con las personas que la rodean, familiares y amigos. Precisamente, esa altruista personalidad hoy la hace vivir en una residencia, una decisión propia y también muestra de su pasada experiencia. Únicamente desea la estabilidad y la felicidad necesaria para aquellos que más quiere.

A sus 86 años es su gran fortaleza y su sentido del humor los que la han hecho superar varias operaciones y convivir con más de una enfermedad. Pues superar el dolor físico es mucho más fácil de vencer que cualquier otro tipo de dolor. A día de hoy y sentada en su acogedora habitación lamenta que sus piernas no tengan tanta fortaleza como ella y que acabe sin poder desenvolverse como hasta ahora. Pese a todo ello, es y será su familia el remedio para toda enfermedad.

LO IMPORTANTE DE LA VIDA

Una vida plena es la que tiene más que agradecer que lamentar. Cuando nos detenemos a mirar el pasado, todo lo transcurrido, no podemos evitar hacer un balance de ello. Por más que nos empeñemos nunca tendrá nada que ver con lo que vivimos en aquel momento. El paso del tiempo atenúa las experiencias, las malas acaban siendo imperceptibles a nuestros ojos y las buenas siguen frescas en nuestra memoria sin cambiar ni un ápice de lo que fueron o pudieron ser.

Hay personas como Amelia que pueden presumir de lo que la vida les ha brindado, tienen qué agradecer y a quién. Su vida gira entorno a sus seres queridos. Recuerda una infancia recta y bonita, una juventud llena de trabajo y de recompensa, una historia de amor de aquellas que se escriben esperando que a alguien le suceda. Aludiendo a sus familiares se le ilumina el rostro y se distingue de la luz que entra por un pequeño balcón, llenando de aire la habitación en la que ella respira por ellos.

Si da las gracias es por lo que la vida le ha dado, no por lo que le ha quitado. Ha saboreado cada instante y cada oportunidad. Todavía sigue haciéndolo y todavía sigue sacando fuerzas para disfrutar de los demás.

No es lo que hacemos o lo que somos sino lo que tenemos lo que nos motiva a seguir. Y esas pequeñas cosas, esos detalles nos componen pieza a pieza. Así, desde su butaca descansa y observa las fotografías, regalos y recuerdos que impregnan su dormitorio, da las gracias y pide vivir por ellos.